

contagio, el delicado aroma del arte y del buen gusto.

«La patria de Eurípides, el semidios de la escena en la edad de oro, cuyos versos tenían, como sabeis, el grato privilegio de endulzar la mala suerte de los prisioneros de Leónidas y Temístocles, yace aletargada en su tradicional lecho de laureles, y enredados los piés entre las algas del Tirreno. El poderoso genio que inspiró *La Tempestad*, *Otelo* y *El Mercader de Venecia*, hoy solo respira por la tobera de sus locomotoras, y no presenta al mundo otro símbolo de su actividad y sus creencias que el caduceo del mensajero de las olímpicas deidades. Del fecundo suelo que sembraron de laureles inmarcesibles Alfieri y Goldoni, Metastasio y Giraud, no brotan hoy mas que guerreros, no se oye mas voz que la que llama á sus hijos al combate, ni existe mas entusiasmo que para el sufragio universal. La pensadora nacion, cuna de Schiller, consagra sus fuerzas dramáticas á meditar y rastrear el verdadero sentido de los intrincados conceptos de nuestro D. Pedro Calderon. Allí donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron Corneille, Racine, Molière, hoy corre desatentada por los bulevares, ebria y deshonestá, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo. Y aquí,

donde desatadas las fuentes del teatro llevaron hasta los confines mas recónditos de Europa la frescura y sonoro murmullo de sus aguas, hoy se han escondido tanto sus veneros, que para calmar nuestra sed, no ya la ajena, solo poseemos un exiguo raudal que va fluyendo gota á gota. ¡Sombrío y por demás desconsolador es el cuadro en que se hallan representadas las desdichas que agobian al teatro de nuestros dias! No hay escena en ningun país que en esta parte sea más que otra venturosa: en todas partes gime el arte recordando sus antiguas y hoy perdidas glorias; y la agitacion á que se entrega para renovarlas, más que las palpitations de la vida se parecen á los sacudimientos de un cadáver galvanizado. No es un accidente parcial el que aqueja al mundo artístico, es constitucional el padecimiento, aguda la dolencia, comun la infeccion, universales el conflicto y las angustias. Y consiste en que las conquistas que logra la materia sobre el espíritu de los pueblos no se realizan jamás sino á expensas de la virginal pureza, símbolo del arte. Consiste en que la vieja Europa, cansada de la sobriedad del tasajo, del peso de las ferradas armas, del duro lecho de los campamentos, del ordenado trabajo del dia, del tranquilo reposo de la noche, hondamente dividida en sus creencias, debilitada su je en todas, casi en brazos de una nueva idolatría,

ávida de goces materiales, rinde culto al oro, á la gula y á la pereza: quiere vivir mucho y bien en pocos dias, no escrupuliza los medios con tal de conseguirlo, y como cuerpo caduco necesita de estímulos extraordinarios para animar sus ateridos nervios y desatar el hielo de su sangre. Este movimiento general, que recuerda el *Urbem Romam* de Tácito, es el que ha producido en Europa el *bajo imperio* del teatro, y con él lo ficticio de su vida, lo visible de su decadencia, lo innegable de su postracion.»

La pintura es triste, pero á todas luces exacta. La musa de los bulevares, ebria y deshonesta, ha logrado trasponer los Pirineos; y años hace que deja ver desde la escena española su diabólica sonrisa. El prosaico positivismo llena casi por completo la inteligencia y el corazón de los hombres; el amor puro, el honor sin mancha, manantiales de belleza en la Dramática española, no son hoy resortes preferibles para lograr los efectos ruidosos que se anhelan. Jóvenes helados por el frío de la vejez, sin ilusiones y sin esperanzas; doncellas que calculan y cuentan en vez de sentir; hombres sin fe que en materias de honor solo cuidan del necesario para no verse en la cárcel; monstruos de soberbia que sacrificarían todo lo existente ántes que conocer su pequeñez; hé aquí los tipos que el teatro ofrece con dolorosa fre-

cuencia, presentándolos como copia fotográfica de la humanidad.

¿Es esto cierto en absoluto? ¿Está la humanidad tan rebajada en el orden moral como pintan algunas producciones del teatro moderno? No, y demos por ello gracias á la Providencia. La mayor parte de los abortos dramáticos que tales ejemplos ofrecen y tan infeliz enseñanza proporcionan, se despegan de la sociedad española, le son extraños; mas tanto insiste la industria en aclimatarlos, que el mal llegará á tener proporciones verdaderamente espantosas.

Y tan cierto es que el pueblo, aunque enfermo moralmente, no ha perdido del todo el sentimiento de lo bueno y de lo bello, que cuando sale á la escena una obra encaminada á combatir el vicio de frente y con talento, el pueblo la acoge, la aplaude, la admira; como si quisiera protestar con estas demostraciones contra los atentados de que es víctima por parte de los crueles importadores de absurdos filosóficos y morales. Este es un fenómeno que debe empeñar la fe de los autores honrados y servir de consuelo á los que lloran por la inminente ruina de todo sentimiento noble y generoso y patriótico.

V

La arquitectura, que puede considerarse como resúmen y compendio de las bellas artes y juntamente como barómetro seguro de la cultura de los pueblos, no alcanza hoy mas venturosa suerte que sus ilustres hermanas. Y no es á fe porque no se estudie y no se discuta; los libros están llenos de disertaciones sobre el arte clásico y el arte romántico, sobre los caracteres esenciales y formales, internos y externos que los separan: se describe con admirable prolijidad un templo griego: se habla sin compasion de los estilos dórico y jónico y corintio, y de las construcciones romanas y de los puentes y de los acueductos: se filosofa por extremo acerca del arte cristiano y de las catedrales góticas y del gusto latino-bizantino y de la ornamentacion y de las columnas y del admirable simbolismo que encierran aquellas gigantescas moles, templos del Dios vivo y depósito de la oracion, de los suspiros y de las lágrimas de seis siglos: todo esto se dice, todo esto se escribe; pero ¿qué se hace? Dejar que perezcan, ó derribar quizá monumentos gloriosos para improvisar cuatro paredes que sirvan de estacion en un ferrocarril.

Las grandes obras de arquitectura han de considerarse como portentos de la fe y de la esperanza: se sabe quién las comienza y no se sabe quién las concluirá; y los hombres de este siglo, esclavos del presupuesto del tiempo y del presupuesto del dinero, queremos tocar el fin á la misma vez que preparamos los medios.

La arquitectura pasa hoy por un período de prueba; es un arte que no se presta á la especulacion; las obras que produce no devuelven en oro abundante los capitales invertidos; los pagan en gloria y en honor. A los atrevidos y caprichosos rasgos del arquitecto han reemplazado los ángulos rectos del ingeniero: á la magnífica solidez de las antiguas obras el continuo «*fa presto,*» el anhelo de la pronta explotacion. Verdad es que hoy se realizan proyectos de magnitud: se construyen puentes de hierro y se perforan las montañas y se camina por entre sus oscuros senos; pero es probable, es seguro que cuando las generaciones por venir acudan desde la capital de España á la falda del Guadarrama, más que el túnel que han de atravesar, cautivarán su atencion la bóveda del templo y los muros del monasterio del Escorial.

En nuestros dias, en nuestra patria, en la corte misma se ve un ejemplo elocuente: al cabo de años y de vicisitudes se ha concluido una iglesia pequeña y modestísima para los moradores de

Chamberi; y enfrente se ha levantado en poco tiempo un magnífico palacio para casa de moneda; hé aquí el espíritu de la época; un recinto estrecho para el Dios de los cielos, y un alcázar suntuoso para el dios del siglo. Nadie es culpable de esta coincidencia dolorosa; es simplemente un resultado natural del curso de las ideas, y de la indiferencia de los hombres.

Y cuando la indiferencia de los hombres y la perversion de las ideas llegan á tal extremo, no bastan los impulsos mas generosos de los reyes ni su mas decidida proteccion. Hoy los reyes pueden hacer poco, y merced á lo que hacen, no es todavía mas precario el estado de las bellas artes.

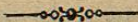
VI

Las bellas artes no progresan: ¿á qué negarlo? Y el no progresar las bellas artes, principalmente en nuestra patria, no há de atribuirse á falta de elementos artísticos ni á falta de inteligencias elevadas ni de corazones amantes de la belleza, sino á vicisitudes sociales que más son para lloradas que para repetidas. El genio de *los negocios* preside ahora los destinos de las sociedades; y como las bellas artes no han sido ni pueden ser negocios, cábeles en suerte recibir melancó-

licas caricias de los ricos viejos, y alguna limosna de los ricos nuevos. Los gobiernos por gran proteccion que quieran dispensar á las artes, tienen siempre que traducirla en artículo del presupuesto. Las clases que ántes favorecieron á los artistas con mano pródiga, ó no existen ó han decaído; los esfuerzos individuales no alcanzan: las corrientes del oro llevan otro rumbo; van á hundirse en el piélago del lujo y de los goces materiales. El suave deleite que proporcionan las bellas artes púdicas, delicadas, espirituales, no es el deleite que anhelan ahora los corazones y satisface á los espíritus. La filosofía moderna por secretos pero seguros caminos busca la glorificación de la materia; la novela y el teatro conspiran al mismo fin; los esfuerzos asombrosos de la industria solo al bien de los sentidos y á las comodidades de la vida se dirigen. Están, pues, ocupados por ídolos de barro los altares de la tierra; para las bellas letras y las bellas artes no queda otro altar que el corazón de los jóvenes entusiastas y generosos en quienes la patria tiene fija su mirada, y contra quienes nada valen las seducciones de la ganancia material.

Vive el arte porque el arte es inmortal; pero vive, como la Iglesia en los primeros siglos, retirado y silencioso, reducido á escaso número el número de sus sacerdotes y de sus adoradores.

Sin embargo, primero han de venir abajo las obras del orgullo humano y han de apagarse las mil toberas por donde el siglo despidе su abrasado aliento de ulla, y han de cerrarse los palacios de la industria, que dejar de lucir la lámpara misteriosa que alumbra el santuario del arte: la llama del genio. Y cuando se hayan derrumbado todas las grandezas humanas que ahora son objeto de adoracion; cuando con estrépito vengán al suelo los monumentos de la soberbia que ahora se levantan amasados con lágrimas, las verdaderas obras de arte brillarán todavía en perpetua juventud, sobreviviendo á las mudanzas de los tiempos y á las injurias de los hombres. El espíritu ha de triunfar de la materia; han de brillar en todo su esplendor la verdad y la belleza.



CAPITULO XIII.

LA CARIDAD.—LA JUSTICIA.—LA SOCIEDAD.

I

Las sociedades antiguas no llegaron á la nocion del amor ordenado y fecundo. Para los griegos y para los romanos no habia mas que Grecia y Roma; los demas hombres eran indiferentes, extranjeros (bárbaros), quizá enemigos. Aun dentro de la culta Aténas y de la soberbia Roma, murallas de bronce dividian á las clases entre sí, mostrándose la esclavitud en todo el lleno de los horrores y de la miseria. Solo Dios por un prodigio de amor podia levantar la dignidad humana de tanta postracion, de tan profundo letargo. Y el prodigio de amor se hizo.

El mundo antiguo era una cárcel inmensa que tenia por alcaide á Satanás; la humanidad era cautiva; pudo venderse, y no pudo redimirse; mas vino el Redentor, y dió con su vida el precio del rescate. La aurora de la libertad irradió entónces en